

EDITORIAL

LA FUGA DE CEREBROS

El término fuga de cerebros se utiliza desde la década de 1950 y a menudo se asocia con pérdida, pero, ¿puede convertirse la fuga de cerebros en ganancia de cerebros?

No intentamos presentar aquí nada nuevo acerca de la fuga de cerebros, de hecho, el Renacimiento no podría haber ocurrido sin el movimiento hacia el oeste de los artistas e intelectuales griegos después de la caída de Bizancio. Tampoco es un fenómeno limitado a los países en desarrollo: Europa del Este experimenta actualmente la emigración de sus mejores y más brillantes mentes hacia el Reino Unido e Irlanda, un país que sufrió la fuga aguda de cerebros hasta mediados de la década de 1990.

La fuga de capital humano, como también se le llama, es un tema controversial que se debate en los cuatro puntos cardinales. La feroz competencia entre las empresas y universidades del Norte por conquistar a los mejores investigadores, ingenieros, médicos y administradores es comparable con las transferencias de jugadores de fútbol, donde el jugador estrella se va con el mejor postor. Anteriormente, cuando las personas salían en busca de mejores oportunidades, se quedaban en el extranjero; en la actual sociedad del conocimiento, aunque el tiquete de ida todavía prima —especialmente hacia los Estados Unidos—, la globalización ha hecho que el trabajo temporal sea casi una constante.

El intercambio de cerebros les permite a los países enviar y recibir por igual, y beneficiarse de la experiencia especializada de los profesionales expatriados, y no sólo de sus remesas, tan considerables como puedan ser. El papel de los técnicos hindús expatriados en la construcción, desarrollo y soporte en las industrias TIC en Bangalore es un excelente ejemplo.

A veces surgen preguntas como ¿qué pueden hacer los gobiernos para aumentar su capacidad de retención y cómo se les puede ayudar? Existen iniciativas de la UNESCO, como la de “académicos sin fronteras”, que tiene como objetivo fortalecer las universidades en los países en desarrollo mediante la creación de asociaciones mundiales. Desde 1996, un proyecto de circulación de cerebros, también soportado por la UNESCO, les ha permitido a académicos expatriados de Malí regresar a casa para enseñar cursos de corta duración; y en una línea diferente, el centro digital de la UNESCO/Hewlett Packard en el sudeste de Europa trabaja para fomentar un ambiente de excelencia académica y de espíritu empresarial.

El caso latinoamericano todavía es preocupante, nuestros países parecen no darse cuenta de las posibilidades de desarrollo que pueden lograr si establecen políticas y programas de repatriación de cerebros y de incentivos de retención. Los graduados de esta zona, y cada vez más jóvenes, se ven obligados a abandonar sus países en busca de empleo y de remuneración acordes con su conocimiento, de apoyo para hacer investigación y de facilidades para establecer procesos de innovación; aunque el hecho de que los estudiantes se interesen cada vez más por asignaturas y programas en ciencias y tecnología es alentador.

Parece que, pese a las perspectivas sombrías de hoy, nuestros jóvenes tienen fe en la idea de una economía basada en el conocimiento y no pierden la esperanza de un futuro mejor. No obstante, las estadísticas acerca del desempleo entre los egresados universitarios casi se ha triplicado en los últimos dos años, y sin ninguna duda que muchos de ellos son personas altamente calificadas que pueden labrarse sus carreras en el extranjero, que constituyen un valiosísimo recurso que pierden los países, quizás para siempre.

El economista Colm McCarthy dijo recientemente acerca de la necesidad de generar puestos de trabajo de todo tipo: “No es que todos los trabajos se deban orientar hacia las personas con Ph.D y de batas blancas, tenemos que crear también empleos de cuello azul”. Por supuesto que tiene razón. Los Estados y las universidades deben de alguna manera incentivar a las personas para que se preparen para trabajar en dichos puestos, como la manufactura, el turismo, el campo, sectores que poco a poco se beneficiarán, ya que el país se vuelve más competitivo. Pero tampoco abandonar el concepto de una economía inteligente.

Aumentando la competitividad e incrementado la confianza, con el tiempo será posible hacer que estos puestos de trabajo sean atractivos; pero el éxodo de los Ph.D de bata blanca tiene que parar por el bien de los jóvenes que invierten en su futuro, en países que serán capaces de competir con las economías más inteligentes del mundo, si se lo proponen como política de Estado.

Edgar Serna M.